



Desee
CUMPLIDO

RONI GREEN



Deseo cumplido

Roni Green

ÍNDICE

[«Deseo cumplido»](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

[OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA](#)



«*Deseo cumplido*»

Gabriela se tambaleó precariamente sobre los zapatos altos de tacón. Suerte que las muñecas ajustadas sobre su cabeza con tiras de cuero y cuerdas ancladas al techo le ayudaron a mantener el equilibrio. Se encontraba en un estado de excitación tal que sentía como todo su ser vibraba de anticipación.

Nunca fue una de esas personas que buscaban satisfacer cada uno de los caprichos o antojos que se le pasaran por la cabeza. Solía aplazar sus necesidades en beneficio de otros, su familia, sus amigos. Aunque era algo innato en ella, lo hacía por instinto y nunca le preocupó quedarse para el último momento. Hasta su carrera estaba en un plano más alto que sus necesidades personales. Aún después de haber conseguido dos estrellas Michelin y el reconocimiento internacional, estaba dispuesta y preparada para ir a por más.

Pero la locura en la que se embarcó hacía unos meses, después de dejarse convencer por su amiga Sara, comenzaba con lo que estaba a punto de suceder. Y lo que vendría después: la realización de una de sus más excitantes fantasías. Deseaba vivir esta locura, confiaba plenamente en Sara y sabía que nunca la emparejaría con alguien que fuera a lastimarla de alguna manera, en esa especie de cita a ciegas que había organizado para ella. No estaba asustada, solo excitada y a la expectativa.

Sara sabía cómo era el tipo de hombre que le gustaba. Después de decidirse a disfrutar de lo que le proponía, hablaron durante mucho tiempo sobre cómo sería el que compartiría ese momento con ella. Estaba segura de que llevar a cabo su fantasía a rajatabla sería mucho más erótico, por lo que mantener sus ojos vendados y plantear la escena como si se ofreciera sumisa a su amante fueron dos de los elementos fundamentales en su «cita a ciegas».

Su placer quedaría en manos del hombre que Sara hubiera escogido para ella. Y estaba deseando comenzar con su aventura.

A sus espaldas escuchó el chasquido de la puerta del cuarto al abrirse. Su corazón subió de golpe hasta la garganta y tuvo que hacer esfuerzos controlados para aquietar la respiración acelerada por la anticipación. Instintivamente giró la cabeza intentando captar el más mínimo sonido en la habitación. Pasos calmados y medidos, el roce leve de la ropa, el sonido metálico de una correa de reloj deslizándose por una muñeca. Un chasquido.

Se removió inquieta sobre sus tacones al sentir la presencia del hombre muy cerca, junto a ella, tras su espalda. El calor que emanaba del cuerpo de él le acarició, erizando su piel como respuesta instintiva. Tomó un par de bocanadas de aire. Necesitaba tranquilizarse.

Y entonces lo olió.

Su perfume masculino favorito. El perfume de Él.

Echó la cabeza hacia atrás y rio entre dientes con incredulidad. Su amiga había cuidado cada uno de los detalles necesarios en esa representación, incluso que el hombre que estaba a punto de compartir su fantasía oliera de la forma adecuada.

Ni siquiera conocía el nombre del perfume, a pesar de haber intentado averiguarlo durante meses. Lo último que le quedaba era preguntar directamente al protagonista real de sus fantasías. Pero eso era prácticamente imposible. El hombre era inaccesible, en muchos sentidos.

Como jefe de seguridad de uno de los diplomáticos más importantes de la capital, era su obligación acudir a todos los eventos en los que estuviera invitado el dignatario. Por suerte para Gabriela el diplomático, tras conocerla en una de las cenas que celebraba Sara a lo largo del año, se declaró rendido ante su arte culinario y solía acudir asiduamente a su galardonado restaurante.

Y el hombre que cuidaba sus espaldas venía con él.

Cruz.

Apenas intercambiaron un puñado de frases en el último año y medio, pero en las escasas ocasiones en las que tuvo la oportunidad de acercarse lo suficiente como para olerlo o tocarlo, sintió una atracción casi irreprimible hacia él.

Y solo pudo resarcirse a través de sus fantasías.

Giró la cabeza para apoyar la frente sobre su brazo extendido, sonriendo, dudó entre agradecer fervorosamente la puesta en escena a su amiga, o matarla directamente.

—¿Por qué te ríes?

No estaba preparada para escuchar la voz tan cerca de ella. Levantó la cabeza siguiendo la dirección del sonido. Se humedeció los labios antes de hablar.

—No es nada, son cosas mías. —Sus palabras salieron firmes y tranquilas—. Parece que Sara ha estado atenta a cada una de mis palabras, voy a tener que felicitarla. —Al no obtener ninguna respuesta, continuó—. Me encanta tu perfume.

—Gracias. —Le llegó la simple respuesta.

El timbre grave de su voz cosquilleó en sus oídos, engañando a su mente. Evocó la imagen elegante de Cruz, tal cual lo vio la última vez, cuando le agradeció por ofrecerle un aperitivo en el salón privado de su restaurante. El ambiente, el hombre y su imaginación, estaban haciendo maravillas con su fantasía.

—Me gusta lo que llevas puesto —continuó hablando a sus espaldas—. Te estuve observando unos minutos.

Una camiseta blanca de tirantes, sencilla, y unas bragas negras de algodón. Junto con sus tacones negros altísimos. Eso era lo que estuvo viendo el hombre desde a saber cuánto tiempo.

—¿Desde dónde mirabas? —preguntó con el ceño fruncido.

—A través del espejo de doble cara en la pared —Gabriela se removió inquieta—. Tranquila, solo estaba yo.

—¿Seguro?

—Lo juro.

La firme respuesta la dejó satisfecha. No pensaba dar un espectáculo a nadie, aunque si quería seguir adelante no tenía otra que confiar en el hombre.

—Quiero mi fantasía, y solo mi fantasía.

—Sé lo que quieres, y lo tendrás —sentenció suavemente.

—Sabes lo que quiero porque te lo ha dicho Sara.

—Puede.

Sonrió de nuevo, con algo de cinismo pintando sus labios.

—¿Eres un gurú del amor?, ¿del sexo?

—No —sintió el movimiento del hombre antes de notar la ligera caricia de sus dedos sobre su mejilla y mandíbula—. Creo que sé lo que quieres. Solo déjame demostrártelo. Si no estás conforme, simplemente di que pare, y pararé.

Sostuvo el aliento. Un segundo. Y se lanzó.

—Adelante.

Antes de que la palabra terminara de escapar de sus labios, su aliento quedó atrapado por el beso suave e inesperado del hombre. Sin tiempo ni de parpadear sintió cómo se alejaba de ella, dejándola en tensión y a la expectativa.

Su propia respiración pesada reverberó en sus oídos. Con dificultad escuchó el susurro del roce de la ropa de su acompañante; se estaba desnudando. Tras humedecerse los labios que sintió cosquillear, agudizó sus sentidos, intentando captar cualquier trazo de información que pudiera ayudarle a situarse.

Y entonces, lo tuvo de nuevo frente a sí.

Con las manos abarcando sus caderas. Manos grandes, cálidas y fuertes.

Levantó la cabeza, como si pudiera clavar la vista sobre él, e inhaló profundo, captando su esencia caliente y oscura.

—Empieza —retó Gabriela.

—Como quieras.

Y el hombre lo hizo.

Sintiéndolo a su alrededor mientras se movía para colocarse de nuevo a su espalda, las manos en sus caderas siguiendo el movimiento, acariciando con sutileza la piel expuesta de su vientre. El sonido de sus pies descalzos rozando el suelo de madera, y el calor del cuerpo desnudo pegándose a su propio cuerpo, enredándola en un hechizo de lujuria que encendía su centro, preparándola para lo que estaba por venir.

Quería más.

Las manos de su acompañante abandonaron sus caderas, deslizándose por los costados, hacia arriba, acariciando sus brazos tensos amarrados por las muñecas. Sintió el roce de los labios masculinos junto a su oído derecho, cuando habló susurrando.

—Llevas un buen rato aquí, tus brazos tienen que estar cansados. —Los dedos masajearon sus muñecas.

—Estoy cómoda —negó con un gesto de la cabeza—. Puedo aguantar.

—Eso está bien. —El hombre sonrió, dejando escapar un suave resoplido divertido—. Entonces sostente firme.

—No. Sostente tú —no pudo evitar responder—, no sabes dónde te has metido.

Una carcajada tentadora cosquilleó en su nuca como respuesta a su reto.

Su acompañante retiró el pesado cabello oscuro que se interponía en su camino, para poder marcar su piel con un beso justo en el costado de su cuello. Gabriela se estremeció placenteramente sin poder evitar que el aliento escapara de sus labios en un suspiro. Inmediatamente se tensó al sentir como el hombre se agachaba tras ella, arrastrando las manos desde sus brazos, por los costados, hasta sus caderas. Sosteniendo el aliento esperó cuatro segundos cuando se dio cuenta de las pretensiones del hombre.

Dos dedos curiosos se introdujeron tras el elástico de sus bragas, bajando la goma unos centímetros por sus caderas, cubriendo aún sus glúteos. Sin poder evitarlo respingó al sentir el calor húmedo y aterciopelado de la lengua masculina trazando los dos hoyuelos marcados al final de su espalda.

—Delicioso. —La voz grave a sus espaldas—. Me encanta.

—Y a mí —susurró para ella misma.

—Abre las piernas —pidió—. Inclínate hacia mí.

Gabriela acomodó su postura abriendo sus piernas, e inclinó su torso hacia delante, afianzando el agarre de sus muñecas para poder mantener el equilibrio mientras obedecía el pedido del hombre. Inmediatamente sintió la caricia tentadora de las manos sobre sus glúteos, los dedos indagando sutilmente en su hendidura. El cosquilleo de placer viajó hasta su clítoris. Respiró con pesadez saboreando el momento. Cada gesto, cada roce, cada respiración estaban consiguiendo que su cuerpo se cargara de erótica electricidad que cosquilleaba en cada una de sus terminaciones nerviosas. Construyendo su anhelo, su necesidad. Deseaba más.

La mente de Gabriela voló. El perfume del hombre la rodeaba acompañando cada una de las caricias que le prodigaban sus manos, su boca, lamiendo su piel, pellizcando su carne. Anhelante, contrajo su vientre cuando la boca de su amante buscó el camino hasta su sexo, los dedos facilitando el acceso, la lengua ahondando entre sus pliegues.

Sus piernas temblaron, inestables, un gemido ronco escapó de sus labios, acompañando los gruñidos de apreciación del hombre. Sintió decepción cuando se apartó apenas habiéndola preparado para el orgasmo, echó de menos de inmediato la resbaladiza caricia de su lengua. Giró la cabeza hacia atrás, como si con su gesto pudiera clavar sus ojos sobre él, para exigirle que continuara. La venda que la cegaba hizo su trabajo consiguiendo que su frustración aumentara.

—Sigue.

—Espera.

Un tirón rápido y sus bragas desaparecieron, levantando un pie cada vez ayudó al hombre a deshacerse de ellas. Ahora desnuda de cintura para abajo, le dio completo acceso para brindarle placer.

—Preciosa.

—Sigue —insistió Gabriela.

La risa del hombre ni siquiera se interrumpió cuando besó de nuevo su centro.

—Eres muy exigente.

—Es mi fantasía —susurró Gabriela—. Mi placer.

—Yo también estoy aquí —ofreció él. Sus palabras teñidas de humor y tentación.

—Pues colabora —sentenció ella, sonriendo hacia él por encima de su hombro.

—Es mi placer —contestó, acariciando su costado en un gesto cómplice. Y entonces, le dio lo que ella pedía.

Gabriela sintió al hombre incorporándose sobre sus rodillas, en un gesto inesperado rodeó sus caderas con su brazo derecho, su palma abarcando su vientre cuando la abrazó estrechamente, mientras besaba su columna vertebral desde la base hasta la altura de los omóplatos. La sensación erótica erizó su piel con placer sutil y caliente. Continuando sus caricias él se movió siguiendo su camino por el costado de Gabriela, sus costillas, su vientre, enfrentándola aún arrodillado, mientras ella aguantaba la respiración por cada uno de los toques, mordiscos y lamidas. Y entonces buscó su centro. Y estuvo perdida.

Se acabaron las sutilezas, se terminaron las pretensiones. La boca de su amante se hundió en su sexo, reclamando sus pliegues, haciendo suya su esencia. La lengua indagó en su abertura siguiendo la contracción de su placer. Gabriela se desesperó acunada por las manos y la boca del hombre que construía segundo a segundo su orgasmo. Las manos masculinas le ayudaron a afianzarse sobre sus pies cuando los temblores comenzaron a recorrer su cuerpo. Su amante pasó su hombro bajo su pierna y la obligó a cabalgarlo, ampliando la apertura de sus piernas, dándole mayor acceso a su cuerpo. Gabriela vio las estrellas.

Sobrecogida por los primeros impulsos de su orgasmo, ni siquiera fue consciente de haber soltado su mano derecha del agarre en sus muñecas, hasta que sintió bajo sus dedos el pulso en el cuello de él. Desesperada y aturrida por el placer introdujo los dedos entre el corto cabello de su nuca,

guiando innecesariamente los movimientos entre sus piernas.

Un gemido roto escapó de su garganta cuando el placer explotó reverberando en exacerbadas ondas desde su centro hasta su vientre y cada una de sus terminaciones nerviosas. Sin respiración, temblando incontroladamente, buscó ciegamente un asidero para poder mantenerse en pie, envuelta como estaba en la dicha del paroxismo no se percató del momento en el que su amante se incorporó de pie frente a ella, sujetándola entre sus brazos para ayudarla a deshacerse del ajuste en su muñeca aún encordada. Gabriela se centró en disfrutar los coletazos de su orgasmo que cosquilleaban en su vientre, en su pecho, en sus labios.

La boca del hombre rozó su mandíbula, acariciando la piel suave hasta llegar a su cuello. Notó entonces el perfume cálido que tanto le gustaba de él, mezclado con el olor de su propio cuerpo, y eso le gustó.

—¿Estás bien? —preguntó junto a su oído— Aún no he terminado.

—Más te vale —amenazó Gabriela con languidez.

Sintió la risa del hombre reverberar sutilmente en su pecho y eso le hizo reír a ella.

—La venda. ¿Quieres que te la quite?

Acomodando la cabeza sobre el hombro masculino negó con un gesto.

—No, aún no.

—De acuerdo —susurró, acariciando su espalda—. Vamos allá.

Demostrando su fortaleza el hombre dobló las rodillas y, con un impulso, levantó a Gabriela en vilo, sujetándola por la cintura. Desorientada y sorprendida no tuvo más remedio que utilizar sus piernas para afianzar su agarre alrededor de las caderas masculinas.

—¡La próxima vez avisa!

—Lo tendré en cuenta —se rio él.

El corto trayecto los dejó sobre la cama, su amante sentado, ella a horcajadas sobre sus caderas. Su polla erecta encajada en su sexo. Tan apropiado.

—Necesito un condón —su amante se movió, inclinándose hacia delante, supuso que para buscar en los cajones de la mesita de noche.

—Déjame ponerlo —Gabriela posó sus labios sobre la piel que encontró a su alcance, el cordón de músculos en el hombro masculino.

—Espera.

Con el envoltorio entre sus dedos el hombre agarró el bajo de su camiseta y tiró de ella sacándosela por la cabeza. Completamente desnuda a sus ojos

sintió un nuevo calor ruborizando la piel expuesta. Sus pezones se erizaron, tensándose al segundo, listos para la boca de su amante. Gabriela se dejó llevar de nuevo, montando la ola de placer que inundó su cuerpo al sentir los labios y la lengua delineando sus formas. Era intoxicante.

Necesitaba subir un escalón más, necesitaba sentir al hombre en su interior. Arrastrando las palmas de sus manos sobre el cuerpo firme debajo de ella, encontró el preservativo entre los dedos de su compañero, el hombre se escabulló, apartándola para poder rasgar el envoltorio. Gabriela siguió sus movimientos con el tacto, se dejó guiar hasta tener entre sus dedos el sexo erguido, caliente y espeso, que cubrió con la goma mientras frotaba la piel que encontraba a su paso.

—Móntame —pidió el hombre, elevándola sobre su miembro, sujetándola por las caderas.

—Te necesito ya —gimió sobre los labios que besaban su boca, con anhelo, con pasión.

—Aquí estoy.

Un gruñido seco se arrastró por el pecho del hombre vibrando en su propio cuerpo, mientras ambos permanecían estáticos, enlazados con brazos y piernas, cuando sus cuerpos encajaron por fin. Sin mediar palabra buscaron sus bocas con la necesidad primaria de la conexión sexual, pellizcaron y mordieron mientras comenzaban un vaivén destinado a construir su placer, su catarsis.

Las caderas de Gabriela danzaban con una rutina que solo escuchaba su mente y su cuerpo. Sentía la plenitud de estar llena, rodeada del calor de su amante, las caricias en su cuerpo, la languidez explosiva de lo que estaba por venir.

—No te asustes —habló entre resuellos el hombre—, voy a movernos.

Sin tiempo a procesar las palabras Gabriela sostuvo su agarre con firmeza cuando su amante la giró sobre la cama, colocándola de espaldas, él entre sus piernas, aún en su interior.

—No es justo —resolló entre risas Gabriela—. Juegas con ventaja. No veo nada.

Él se acomodó entre sus piernas arrodillado, con su torso ampliando la apertura, exponiendo su sexo, penetrando una y otra vez, lentamente con languidez, mientras su vientre temblaba, sus pechos se erizaban por las sensaciones, su aliento se atascaba en su garganta.

—Solo tienes que quitarte la venda —susurró mientras acariciaba sus

pechos, descendiendo con su caricia por su vientre hasta encontrar el capullo en el vértice entre sus piernas—. Voy a darte otro orgasmo, voy a correrme contigo, y quiero que veas quién soy realmente, Gabriela —murmuró junto a su oído—, Gabriela.

El corazón de Gabriela dio un vuelco en su pecho, acelerado por el éxtasis, confundido por las palabras del hombre que construía su placer.

—No era eso lo que quería —gruñó al sentir el bombeo del hombre entre sus piernas—, solo buscaba una fantasía.

—Fantasía, realidad... lo que quieras, pero quítate la venda, Gabriela, y mírame.

Un gemido profundo rompió su pecho cuando su amante acometió sobre ella, ambos en el borde, sentía sus entrañas arder, su sexo palpitar, rodeada por completo por la fuerza y la esencia del hombre que le estaba brindando tanto placer. Arrancó la venda de sus ojos, y aún cegada, buscó la boca de su compañero, jadeando le arrebató un beso y abrió los ojos para encontrar la mirada poderosa, oscura e intensa, del hombre de sus fantasías.

Y entonces su orgasmo estalló. Reverberando por su cuerpo, dejándola sin aliento. Lo montó llena de incredulidad, ahíta de placer, colmada de alegría. Los gruñidos masculinos resonaban en sus oídos mientras inevitablemente gemía su risa, su goce al saber que su fantasía había resultado ser así.

—Gabriela —gruñó él sobre su boca sonriente, feliz también al ver su rostro complacido—, Gabriela.

Con los brazos rodeando fuertemente el torso de su amante, Gabriela se rindió a los últimos coletazos de su orgasmo, satisfecha por haber cumplido su deseo.

—Cruz... Cruz...

SOBRE LA AUTORA

Siempre me ha gustado leer, los libros que más recuerdo de mi infancia y adolescencia son *El pirata Garrapata* y *Cruzada en jeans*. Más adelante mis gustos en lectura fueron más eclécticos, igual que con la música.

Como escritora empecé creando historias infantiles, nunca las he publicado, y seguí imaginando historias según iba creciendo (siempre eran románticas). Cuando me aficioné a los libros de romance gay me encontré inventando situaciones donde los personajes eran dos chicos... ^_^ y para mi sorpresa las historias fluían con más facilidad.

Me gusta escribir sobre el amor sin hacer diferencias en si la pareja protagonista son homosexuales o no. Prefiero las novelas contemporáneas o históricas a las fantásticas, aunque he disfrutado con libros de esta temática.

Soy profesora y como buena educadora creo que la clave está en la educación, no solo en conocimientos sino también en valores.

Roni Green Facebook: <http://www.facebook.com/roni.green.585>

Twitter: @RoniEscritora

OTROS TÍTULOS DE LA AUTORA

